

Zapopam, que es mañana, y le he prometido á usted ser su guía. Puesto que le agradan á usted los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.



CAPÍTULO TERCERO



Albino el contrabandista



Sin duda, el capitán tenía mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, día de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *mesón*, donde yo estaba posado. Mi caballo estaba dispuesto, bajé, y ambos tomamos el camino del pueblo de Zapopam, situado á dos leguas de Guadalajara. Las calles que atravesamos estaban muy compuestas: las cortinas de seda, lana ó algodón que servían de sobrecamas á los habitantes, se hallaban colgadas á guisa de adornos en todos los balcones. Unos arcos formados de *tules* frescos, mezclados con

innumerables flores silvestres, pendían sostenidos en los balcones de una y otra acera. Las campanas tocaban á vuelo, y los cohetes tronaban por todas partes, principalmente en las azoteas. Los habitantes de la ciudad circulaban fuera de sus muros; los del campo invadían la ciudad. El camino que conduce á Zapopam se hallaba lleno de carruajes, de individuos á caballo y gentes de á pie, que como nosotros se dirigían al encuentro de la Virgen milagrosa, que iba á verificar su entrada solemne en Guadalajara. Supe en el camino por boca del capitán, que para tener el honor de combatir á los españoles bajo la protección del cielo, y para oponer una Virgen á la de los Remedios, elevada al rango de *generalísima* por el virrey Venegas, los *Tapatíos* (es el nombre que dan á los habitantes de la capital de Jalisco), habían dado á la patrona de Zapopam el grado de *general*. La ceremonia se había verificado el 13 de junio de no sé qué año, y aquel día era el aniversario de la fiesta á que asistíamos.

Nos hallábamos aún á medio camino, cuando encontramos el carruaje en que caminaba la Virgen, y el cual no iba tirado por caballos ni mulas, sino por los fieles que lo hacían con el mayor gusto. La imagen fué recibida con estrepitosos vivas y aclamaciones, y

atravesó triunfalmente la multitud, adornada con una banda tricolor, es decir, con los tres colores nacionales: verde, blanco y encarnado, lo que demostraba un grado militar muy elevado. Habría sido una imprudencia no inclinarse con respeto delante de aquella imagen. Los *Tapatíos* son afamados en toda la República por su destreza en el manejo del puñal, y se entregan con mucho gusto á los ejercicios del arma, á los cuales son excesivamente aficionados.

— ¿Quiere usted que continuemos paseo? me preguntó el capitán, cuando la piadosa procesión se hallaba distante de nosotros. Todas estas cosas me recuerdan, á pesar mío, los días de mi juventud. En el camino le referí á usted la aventura que me hizo conocer mi vocación decidida para *guerrillero*. Conocerá usted á los hombres que dieron á este país la señal de la insurrección contra la tiranía española.

Había escogido perfectamente el lugar y el momento para la evocación de los héroes y de las escenas gloriosas de la revolución mexicana. Todos los alrededores de Guadalajara hablan de la guerra de independencia. Una larga calle de sauces se extiende desde el pueblo de S. Pedro, inmediato á Zapopam, hasta la capital del Estado de Jalisco, y en aquel camino soli-

tario, D. Ruperto podía comenzar su narración, con la certidumbre de que no seríamos interrumpidos; así, pues, se apresuró á cumplir su promesa.

— Mi vida militar, me dijo el capitán, comenzó en 1810. Mi padre era, en aquella época, administrador de una hacienda muy hermosa, situada á pocas leguas de Tampico. Aquella hacienda pertenecía á un rico español. Tenía yo entonces cosa de veinte años, y mi principal ocupación (porque nuestros amos no querían que se instruyesen los criollos), consistía en recorrer á caballo las posesiones que estaban á cargo de mi padre, en lazar toros y en domar los potros que se destinaban para la silla y para la caballeriza del propietario. Aquella educación me crió naturalmente robusto, acostumbrado á las fatigas y á todos los ejercicios que constituyen un verdadero jinete. Había aprendido también á manejar el fusil, la espada y la lanza.

Un día, era un domingo del mes de febrero del año de 1810, y como día festivo se hallaban suspensos los trabajos en la hacienda, me paseaba á caballo á la orilla del mar. El animal que montaba era un soberbio alazán, al que yo había echado la primera silla, y al que quería mucho, á pesar de que no me pertenecía.

El sol comenzaba sus ardientes rayos, y yo había echado pie á tierra á la puerta de un *tendejón*, al que entré para refrescarme, después de aquel largo ejercicio. Había atado mi caballo á uno de los pilares de mampostería que formaban el portal de la taberna. Apenas me había sentado, cuando un oficial de dragones de San Luis penetró en la sala y preguntó con voz imperiosa á quién pertenecía el caballo que se hallaba en la puerta.

— Es mío, señor capitán, dije modestamente.

— ¡Tuyo! añadió el oficial con el mayor desprecio; ¿no sabes, pícaro, que un criollo no tiene derecho para montar á caballo, lo que es un privilegio exclusivamente reservado á nosotros los españoles? En verdad que el virrey hace mal en permitir á otros *bribones* montar yeguas, y que no debía concedérseles más que para cabalgar en burros.

— Ignoraba que obrase mal, contesté.

— No lo olvidarás en lo de adelante, pícaro, continuó el capitán, y la lección te costará tu caballo.

— ¡Es que no me pertenece! exclamé.

— ¿Entonces has mentido, ó lo has robado?

— Ni soy ladrón, ni mentiroso, contesté colérico;

porque los mexicanos reunidos en la sala, habían comenzado á reirse cobardemente del ultraje hecho á uno de sus hermanos.

El oficial no pronunció una sola palabra; mas, el látigo que tenía en la mano silbó en el aire y tocó mi mejilla. Dí un salto, lleno de rabia; sin embargo, era tal el terror que nos inspiraban nuestros tiranos, que el brazo que había yo levantado, cayó con desaliento. Me contenté con interrogar con la vista, estremeciéndome, las fisonomías de los mexicanos, reunidos á mi derredor. Una risa, un movimiento burlesco me habría servido de pretexto para hacer caer sobre mis compatriotas el peso de aquella cólera que no me atrevía á descargar sobre el español; pero nadie pareció dispuesto á añadir un insulto al ultraje que yo había sufrido. Entonces ví á un joven en traje de pescador, sentado á pocos pasos de donde yo estaba, ponerse pálido, y levantarse visiblemente conmovido, por el indigno trato que se me daba. ¿Qué más le diré á usted? Yo estaba solo; el oficial iba acompañado por dos amigos suyos, yo me hallaba desarmado y sin poder defenderme, y á pesar de mis instancias mi caballo fué conducido por el *asistente* de uno de los oficiales.

Sali de la taberna y caminé algún tiempo, sin saber

adónde dirigirme. Seguía una vereda, apenas visible en la arena, á la orilla del mar, cuyas olas azotaban la playa con un ruido triste y monótono. Mil blasfemias y necias amenazas se escapaban de mi boca, cuando una voz áspera gritó repentinamente á mis espaldas.

— ¡Hola! amigo, ¿á quién le habla usted de esa manera?

Yo era, y aún soy algo supersticioso, y aquella voz que respondía bruscamente á mi pensamiento, me pareció la del demonio, siempre pronto á ofrecer á los hombres los medios de perder sus almas. El hombre que tan ásperamente me había apostrofado, se hallaba cubierto con un traje grosero, á pesar de que no parecía pertenecer á la ínfima clase de la sociedad. Tendría cincuenta años, poco más ó menos. Su fisonomía inteligente y orgullosa á la vez, imponía el respeto y la obediencia. Turbado por aquel inesperado encuentro, al principio sólo pude murmurar algunas palabras incoherentes, haciendo la señal de la cruz. Este movimiento hizo sonreír desdeñosamente al desconocido.

— ¡Groseras supersticiones! dijo mirándome con una especie de burla y de compasión; sí, eso es todo

lo que se enseña á nuestros hijos. ¿Quién ha ultrajado á usted, hijo mío, y qué mano ha estampado en sus mejillas esa sangrienta marca?

Yo había dado mis quejas al viento, tomando por testigos á las orillas del mar, así es que no me hice de rogar para comunicar mis penas á la persona que parecía demostrarme tan vivo interés. Escuchándome, aquel hombre dirigía su vista, de cuando en cuando, á la línea azul que terminaba el horizonte, é interrumpió un momento mi relación para preguntarme si un punto blanco, que me designaba con el dedo, era una gaviota ó una barca de pescador.

— No es gaviota ni barca, respondí, sino el velamen de un buque de tres palos, ó un brick.

— Bien, respondió; continúe usted.

Y terminé mi relación, no sin hacer los mayores esfuerzos para vencer la emoción que me ahogaba. Cuando concluí, el extranjero me apretó la mano.

— Cuente usted conmigo, me dijo, quedará usted vengado, y otros muchos lo quedarán igualmente.

En aquel momento se presentó á nuestra vista el pescador, cuyas buenas disposiciones para conmigo había notado en la taberna.

— ¡Vive Cristo! dijo acercándosenos; un latigazo

semejante debería costar la vida no sólo al que lo ha dado, sino á toda la raza de nuestros opresores.

— Eso es fácil de decir, contesté, y usted que hace gala de tan orgullosos sentimientos, ¿por qué no tomó mi defensa, cuando me hallaba solo contra tres oficiales de los dragones de San Luis?

— ¿Por qué? Porque aun no ha llegado el momento; pero paciencia, lo que no se hace en un día se hace en dos. Entretanto, ¿está usted decidido á vengarse del ultraje que ha recibido?

— Sí, sí, puedo hacerlo.

— En el presente caso, se puede todo lo que se quiere, contestó el hombre que me había hablado primero, y que continuaba dirigiendo la vista con distracción al horizonte.

El navío comenzaba á crecer, como una de esas nubes lejanas que aumentan de volumen á medida que el viento las empuja hacia el Zenit.

— ¡Ah!.. continuó, ahora, sí distingo todo el velamen.

— ¡Á fe de contrabandista!.. es un hermoso bergantín, exclamó el joven pescador mexicano; pero todavía es muy temprano para que se aproxime á la barra.

— Viene á reconocer la costa mientras hay luz, para poder abordar en la noche, respondió el compañero del que acababa de declarar tan ingenuamente su profesión de contrabandista.

Al mismo tiempo, ambos individuos se alejaron á poca distancia, y observé que hablando en voz baja tan pronto me designaban como dirigían sus miradas á uno de los puntos más elevados de la costa. En la cumbre de un peñasco elevado, que dominaba por una parte la corriente del río Pánuco, y por la otra el mar, se dibujaba en el azul del cielo la garita de un vigía ó guarda-costa. Comprendí que la presencia de aquel guarda molestaba á los dos interlocutores. El más joven se acercó á mí.

— Amigo, me dijo resueltamente, se trata de tomar un partido. ¿Es usted de los nuestros? Á nombre de este caballero le ofrezco de nuevo la venganza. Veamos: mientras hierve aún la sangre en sus venas, ¿jura usted por la salud de su alma que será de los nuestros?

— ¿Quién es usted? pregunté al desconocido.

— ¿Qué le importa á usted, si le ofrezco los medios de vengarse?

— Pues bien, con esa condición, soy de ustedes,

lo juro por la salvación de mi alma. Ahora, ¿puede usted decirme quién es, y quién es este caballero?

— Yo soy el contrabandista Albino Conde; en cuanto á este caballero, aun debe usted ignorar su nombre.

Había oído hablar con frecuencia de Albino como de uno de los más audaces contrabandistas de la costa. Bajo el régimen español, el contrabando era un oficio lucrativo, aunque muy peligroso. Era una guerra á muerte entre los guardas de la aduana y los enemigos del fisco, y en aquellas luchas mortales, Albino Conde se había creado una fama extraordinaria.

Quedó convenido que esperaríamos detrás de los nopales á que el sol estuviese próximo á desaparecer, y entonces Albino, su compañero y yo, iríamos á abordar el navío que se hallaba á la vista. Parecía que ambos tenían datos ciertos sobre su nacionalidad y sobre la clase de su cargamento. Yo me hallaba ausente, durante semanas enteras, de mi habitación: así es que no temía alarmar á mi padre volviendo á la casa la mañana siguiente; la esperanza de vengarme pronto bastaba, por otra parte, para detenerme en la playa, y aunque no pudiese comprender exactamente la analogía que podía resultar de aquel contrabando, con

los motivos de queja que yo tenía, sin embargo, no vacilé en prestar una ciega obediencia á los planes misteriosos de mis compañeros.

Á través de los nopales que crecían en la ribera, el contrabandista no cesaba de observar las maniobras del bergantín. También tenía los ojos fijos en la eminencia donde se hallaba apostado el vigilante, y en el mástil de señales que se elevaba al lado de la cabaña. Albino vió al bergantín virar de bordo en el momento en que un pabellón izado por el vigilante, acababa de señalar la presencia de un navío más allá de la barra; el bergantín comenzó inmediatamente á disminuir de tamaño en el horizonte, y el pabellón que lo señalaba fué arriado repentinamente.

— ¡Vive Cristo! dijo el contrabandista. Podían irse al infierno todos los guarda-costas; ahí está uno que si no lo remediamos, va á pasar la tarde, señalando las idas y venidas del navío.

En efecto, á medida que el barco se alejaba ó se aproximaba, las señales del vigía indicaban inmediatamente sus movimientos. El sol se ocultaba ya en el horizonte, cuando el bergantín creció de nuevo á nuestra vista, y enarboló el pabellón español. Inmediatamente apareció el propio pabellón en el mástil de señales.

— ¡No es el que esperamos! dijo el mayor de mis dos compañeros.

— Nada tema usted, doctor, agregó Albino: ¿ cree usted tan inocente al capitán del bergantín, para enarbolar el pabellón francés? Es el mismo buque del que descargamos ayer algunos tercios de sedería; aunque habitante de la tierra, tengo una vista de marino, y nunca me engaño, estoy seguro; lo esperan á usted á bordo, y yo le conduciré; debemos únicamente esperar que se oculte el sol.

— ¿No habría sido más sencillo, dijo el individuo á quien Albino llamaba doctor, que el hombre que usted sabe hubiese venido á la playa, en lugar de esperarme á bordo?

— Sí; pero habría corrido el riesgo de que lo prendiesen y lo fusilasen tal vez, y á usted con él, mientras que de la otra manera ninguno irá á molestarlos cuando ustedes estén concertando sus planes en el puente ó en el camarote del navío. Así es que creo más prudente que usted vaya á bordo.

El doctor se tranquilizó con las prudentes reflexiones del contrabandista, y permanecimos silenciosos, inmóviles en nuestro puesto de observación, esperando el momento en que las tinieblas de la noche nos per-

mitiesen salvar la barra y llegar al navío francés. En fin, los últimos rayos del sol no doraban más que las cimas de los palmeros y la altura donde se hallaba el guarda-costa, cuando, después de haber hablado algunos instantes en voz baja con el doctor, Albino me hizo señal de que lo acompañase. Después de haber dejado solo al doctor, seguimos juntos por la orilla del río. Habiendo llegado después de un cuarto de hora de marcha al lugar en donde se estrechaba la corriente entre dos riberas de cañas, Albino sacó de entre aquellas plantas acuáticas una pequeña piragua que se hallaba oculta. Atravesamos el río y tomamos tierra en el lado opuesto. Desde aquel lugar, en donde había una rica vegetación, una cuesta suave al principio, y que gradualmente iba siendo más escarpada, conducía á la eminencia en donde se elevaba la garita del guarda-costa.

— ¿Sin duda es usted cazador?... me preguntó Albino.

— ¿Por qué me lo pregunta usted? le dije.

— Es decir, añadió el contrabandista, que usted sabe arrastrarse en silencio hasta el lugar en que se halla el animal. Pues bien, recurra usted á su habilidad de cazador, porque es preciso que subamos hasta

esta eminencia sin que nos vea ó nos escuche el vigilante, para dirigir desde allí una mirada al mar.

— Eso es muy fácil, tanto más cuanto que el guarda-costa se halla oculto en su garita.

— Lo que no impide que nos envíe una bala con su carabina; así, pues, ya está usted advertido: marchemos.

Yo había obedecido hasta entonces pasivamente las órdenes de mi compañero, y por amor propio le obedecí después. Cuando la piragua quedó de nuevo oculta entre las cañas, comenzamos á ascender en la colina. Era una lengua de tierra que limitaba por un lado el río Pánuco, y por el otro, el mar. Á la derecha, el agua dulce se precipitaba, murmurando en el océano; á la izquierda, las olas de agua salada se estrellaban con estrépito en los flancos y al pie del promontorio. De esta manera, el vigilante podía dominar el río y la alta mar. El ruido de las olas que se chocaban á nuestros pies contra el dique que formaba el peñasco, y el que minaban lentamente, ahogaba el ruido de nuestros pasos.

Era por lo mismo muy fácil avanzar sin que nos escuchasen; pero no pareció absolutamente posible escapar á las miradas del vigilante, luego que hubiésemos

llegado al límite del bosquecillo, que cubría una parte de la colina. Así, pues, al llegar á aquel límite, hicimos alto. Creí que debía manifestar al contrabandista que me parecía inútil y peligroso continuar nuestra ascensión, puesto que desde el lugar en donde estábamos, dominábamos á la vez el río y el mar. En efecto, en aquel inmenso espejo azul y rojo que se extendía á nuestra vista, podíamos distinguir á lo lejos, hasta los remolinos que trazaban las aguas fangosas del Pánuco. El navío francés, al reflejo de los rayos del sol que iba á desaparecer en el horizonte, parecía vagar con velas de fuego. Algunas veces, inclinándose al empuje de las frescas brisas que corren al caer de la tarde, mostraba el brillante cobre de su carena. Ignorante, como lo era yo entonces, y arrullado con los cuentos de algunos antiguos españoles, que nos pintaban á los franceses como herejes, réprobos y condenados, creía yo ver en los rayos del sol poniente que atravesaban las velas del bergantín, un reflejo de las llamas del infierno. La idea de entrar en relaciones con aquellos malos extranjeros me causaba el mayor espanto, y habría deseado, á cualquier costa, poder retroceder; pero era demasiado tarde; me ligaba mi juramento, y aquel día debía decidir de toda mi vida.

Después de haber hecho alto por un momento, guardando el más profundo silencio, el contrabandista me dijo que, á pesar de mis observaciones, iba á ponerse en marcha hacia la cumbre de la colina.

— Si usted tiene miedo, añadió, puede volverse.

— ¡Marchemos! le dije; ¡pero estamos desarmados!...

— No necesitamos armas, respondió Albino con aspereza.

La voz del océano continuaba cubriendo el ruido de nuestros pasos, pero algunos palmeros, cuyos verdes penachos agitaba la brisa, eran en aquel lugar nuestro único abrigo contra las miradas del vigilante. En el caso en que éste saliese de su garita, éramos infaliblemente descubiertos.

— Yo arriesgo más que usted, decía Albino en los cortos momentos en que tirados boca abajo, después de algunos momentos de una marcha precipitada, respirábamos fatigados; el vigilante me conoce, y la primera bala será para mí.

Estas reflexiones del contrabandista no impedían que yo tuviese serias aprensiones con objeto del segundo tiro de fusil del guarda-costa; no me cabía la menor duda de que me encontraba en una compañía

muy peligrosa, con un hombre tan conocido. Sin embargo, el pabellón con los colores españoles continuaba flotando en lo alto del mástil de señales, y el vigilante no salía de su garita. En fin, llegamos á una barranca, especie de grada gigantesca, que terminaba en la cumbre del promontorio. Acostados en aquel punto, hicimos alto por última vez.

— Veamos desde aquí lo que hace el bergantín, dijo Albino, avanzando de rodillas hacia la parte del promontorio que dominaba el océano.

Lo seguí arrastrándome como él, y desde allí pudimos abarcar con la vista cuanto se extendía á nuestros pies. El peñasco, en cuya cumbre nos encontrábamos, estaba tallado á pico á cosa de ochenta pies sobre el nivel del agua. Las olas azotaban su base con un ruido espantoso. Á corta distancia del peñasco, la mar se hallaba tranquila, y las aletas de dos ó tres tiburones que cruzaban por aquellos parajes, surcaban la superficie. En cuanto al bergantín, se había puesto en paio y se balanceaba bajo sus inmensas velas. Cerré los ojos para escapar del desvanecimiento que me causaba la profundidad del abismo.

— ¡Ah! dijo el contrabandista, el bergantín está en paio; la maniobra es bastante extraña tan lejos de la

costa, para que el aduanero tenga motivo para sorprenderse. ¡Ahora es el momento oportuno!

— ¿Qué momento? pregunté.

— ¿Cree usted, dijo Albino con ironía, que un hombre que cayese desde aquí al mar, sería hombre perdido?

— Se ahogaría antes de llegar á la superficie.

— ¿Esa es la opinión de usted? A propósito, ¿cuál es el nombre de usted?

— Ruperto Castaños.

— Pues bien, quédese usted aquí, y oiga lo que oyere, aun cuando lo llame á usted por su nombre, no se mueva.

Después de haberme dejado por orden aquella especie de enigma, Albino Conde subió por el peñasco, tras el cual estaba yo oculto. Pensaba lo mismo que él, que el guarda debía estar muy ocupado en vigilar la maniobra sospechosa del bergantín francés, para observar lo que pasaba alrededor de su garita. Una terrible sospecha comenzaba á oprimir mi corazón. Escuché por algunos instantes; pero el silencio que reinaba en aquellos lugares, no lo turbaba más que el ruido imponente del viento y de la mar. Repentinamente, oí la voz de Albino, que gritaba:

— ¡Auxilio, Ruperto Castaños!

Olvidé la recomendación de mi compañero, y escalé el peñasco, en el momento en que una detonación, seguida de un grito de angustia, respondía al llamamiento de Albino.

Creí que era juguete de algún sueño. El contrabandista se hallaba solo en la cumbre del promontorio; quitó el pabellón español, y lo reemplazó en el mástil por uno que indicaba la marcha del buque. El promontorio se hallaba solitario. Adiviné la causa del grito que me había asombrado y de la detonación que había oído. La falta de la garita era una prueba terminante de que al desgraciado guarda-costa lo habían precipitado con ella al fondo del océano, en donde el sol desaparecía en aquel instante. Quedé helado de espanto. Había sido testigo y cómplice involuntario de un asesinato. El contrabandista había querido comprometerme en aquella acción horrible, y había pronunciado mi nombre arrojándolo á todos los ecos, para que me considerara encadenado á él por un lazo indisoluble. Albino respondió á mis reconvenciones burlándose de mí; en seguida, sin escucharme, sacó de su bolsillo un cohete grande, al que ató una varita, que cortó de un árbol vecino. La luna se reflejaba en el

océano, y el bergantín francés continuaba inmóvil en medio de los rayos luminosos que caían en sus velas blancas. El contrabandista sacó lumbre y prendió fuego á la pólvora; el cohete se elevó en los aires, trazó un surco de fuego en dirección del bergantín, y se apagó silbando en el agua.

— Ahora que ya he anunciado nuestra visita, partamos, dijo Albino.

Descendimos rápidamente la rampa del promontorio, subimos á la piragua, y no tardamos en llegar á tocar el punto en donde nos aguardaba el doctor.

— Señor doctor, dijo Albino, podemos ir á bordo del bergantín francés con toda seguridad, nadie turbará el conciliábulo político. ¡Vamos en marcha!

La noche estaba tan clara y transparente, que, sin excusar el crimen al que contra mi voluntad había coadyuvado, comprendí que nuestra visita á bordo del bergantín francés habría sido imposible ejecutarla en presencia del vigilante. El navío extranjero continuaba inmóvil. Un fanal, para que pudiéramos verlo, brillaba en la proa del bergantín, cuya precaución era inútil, puesto que se distinguían claramente los palos y el velamen. Cuando llegamos á corta distancia en sus aguas, una voz pronunció estas palabras inteligibles, aunque mal pronunciadas: ¿ *Qué gente?*

— *¡ Muera el mal gobierno y viva la religión!..* respondió el doctor con una voz que llegó hasta los oídos del que nos hablaba.

— *Adelante,* respondieron del buque.

Y nuestra piragua se deslizó en la superficie de la mar; algunos momentos después, nos hallábamos á bordo del navío. El orden admirable que en él reinaba, los trajes de los marineros, tan nuevos para mí, la idea de que me encontraba en medio de abominables herejes, todo concurría, con las escenas precedentes, á causarme una profunda conmoción. Desde el momento en que había salido de la taberna, me parecía que todo había sido un sueño, puesto que cuanto había sucedido era contra mi deseo y como obligado por la fuerza.

El doctor fué acogido con el mayor respeto; un personaje vestido de negro se avanzó á su encuentro en el puente, y después de haber pronunciado ambas algunas palabras, descendieron al camarote, cuya claraboya me permitía ver una brillante iluminación y un suntuoso ajuar. Entretanto, los marineros franceses sacaban de la sentina y los ponían en el puente, muchos barriles de aguardiente y tercios de mercancías. Cuando se reunió la cantidad que podía colocarse en

una canoa grande, bajaron una embarcación al mar, y los marineros comenzaron á cargarla.

Al fin, llegaron á prevenirnos á Albino y á mí, que el doctor nos suplicaba descendiésemos al camarote. Accedimos á aquella invitación, y entramos con el sombrero en la mano. El doctor estaba sentado frente á frente del hombre vestido de negro, delante de una mesa cubierta de papeles, sellados con lacre rojo. Sentámonos en unos taburetes, á corta distancia de la mesa.

— Escuche usted, hijo mío, dijo el doctor, porque va á saber al fin qué clase de venganza podemos poner á su disposición... Ya escucho á usted, caballero, continuó dirigiéndose al extranjero.

Yo escuchaba con la mayor atención, porque iba á conocer el objeto de todas las evoluciones de aquel día. El francés tomó la palabra, y con voz grave y solemne y en muy buen español:

— Señor doctor, dijo, tengo el honor de repetiros, para que estas buenas gentes lo escuchen, que soy enviado por Su Majestad el emperador y rey Napoleón el Grande, con el fin de ofrecer á los pueblos de América, que hace trescientos años gimen en la esclavitud de España, la emancipación y la independencía. Ya es

tiempo de que México sacuda el terrible yugo que hasta hoy ha soportado. Para lograr este objeto, Su Majestad me autoriza para ofrecer en su nombre, á los jefes del gran movimiento que emancipará á las dos Américas, los auxilios necesarios de hombres y de dinero, para llevar á cabo esta generosa empresa. Esos papeles que ha examinado usted prueban la autenticidad del carácter de que me hallo investido; estos tratados que usted ve (y el enviado puso á la vista del doctor otros papeles), celebrados con las casas más ricas de los Estados Unidos de la América del Norte, prueban igualmente la eficacia de las promesas de Su Majestad. »

Confieso que escuchaba sin comprender aquellas palabras de independencia y libertad, y que no alcanzaba las ventajas que podrían resultar de una sublevación contra España. El agente francés, parece que comprendió que el contrabandista y yo no entendíamos una palabra, porque añadió :

— La independencia de México producirá incalculables ventajas materiales. El dinero que sacan ustedes de sus minas á costa de tantos peligros y fatigas, y que se conduce anualmente á España, sin que quede un peso en el país, esas inmensas riquezas serán de ustedes cuando sus amos no se las lleven de aquí. Los

terrenos de México son fértiles, y apenas sacan ustedes partido de ellos; la parra, el olivo, el lino, el azafrán, cuyo cultivo está actualmente prohibido en América, á fin de dejar á los agricultores españoles los beneficios que obtienen de esos artículos, producirán tesoros no menos considerables que los de las minas.

El agente continuó por algunos momentos, desarrollando ante nuestra vista las diversas ventajas que debía producir la independencia, con tanta habilidad, que antes que hubiese terminado su discurso, nos hallábamos convencidos; en seguida, nos entregó una considerable cantidad de proclamas en que se repetían, con corta diferencia, las mismas palabras, y como la embarcación se hallaba completamente cargada, y avanzada la noche, el doctor se preparó á marchar. Echóse al mar la segunda canoa para remolcar la que iba cargada de aguardiente y mercancías; nos colocamos, Albino y yo, en la primera, y el doctor, con cuatro marineros, descendió á la segunda. En pocos momentos nos alejamos del bergantín. Sumergido en una meditación profunda, el doctor guardaba silencio; Albino cantaba la canción del contrabandista, con los ojos fijos en el cielo, sembrado de estrellas. Mientras sus alegres versos se mezclaban al ruido de los remos

que azotaban el agua, parecía haber olvidado que en el fondo del océano que atravesaba cantando, yacía el cadáver de un hombre, poco antes lleno de vida, y que había arrojado como presa á los tiburones. Repentinamente, sentimos en la canoa que nos conducía un choque violento que interrumpió la canción, y una masa negra y flotante cruzó por la popa.

— Mire usted, dije al contrabandista mostrándole la garita del vigilante, que había tropezado contra nuestra canoa : esas olas de fuego que señalan el lugar por donde pasan los tiburones debajo del agua, ¿ no le dicen á usted nada ?

— Sí, respondió Albino : los tiburones en este momento se festejan con un español.

Y añadió, con voz fuerte, los primeros versos de una canción que después se convirtió en uno de nuestros cantos patrióticos :

Ya el septentrion libre
Bebe en plácida copa
El dulce néctar de la libertad.

Algunos momentos después llegamos á la playa. En el instante en que iba á separarme de mis compañeros, el doctor me hizo seña de que me aproximase :

— Recuerde usted, dijo, que es de los nuestros. Mañana se encargará á usted un mensaje importante, y Albino le llevará mis instrucciones.

No pude llegar á la hacienda que administraba mi padre sino pocos momentos antes de la salida del sol. Me apresuré á referir á mi padre el ultraje que había recibido, y no le oculté, ni el asesinato del guardacosta, ni las conferencias con el enviado francés. Participando de mi sorpresa y espanto, mi padre me escuchaba estremeciéndose.

— Así, pues, Ruperto, te has hecho, contra tu voluntad, cómplice de un asesinato, y te hallas comprometido en una conjuración contra el rey de España.

— Pero, padre, el rey de España no es más que un francés.

— En todo caso, como uno solo de esos crímenes se castiga con la muerte, es preciso huir, hijo mío.

— Tengo que aguardar el mensaje que me comprometé á llevar.

— ¡ Dios permita que llegue pronto !... añadió mi padre abrazándome.

Sus deseos se realizaron, porque en la noche de aquel mismo día, un hombre, con el rostro medio

cubierto con su *bayeta*, llegó á la hacienda preguntando por mí. Era Albino.

— Voy á hacer lo mismo que usted, me dijo, á ausentarme. El flujo ha arrojado á la costa la garita del vigilante, y naturalmente las sospechas han de recaer sobre mí.

Al pronunciar estas palabras, Albino sacó del bolsillo una carta voluminosa.

— Este letrado que ve usted, añadió, y que ni usted ni yo comprendemos, quiere decir : *Al Sr. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores*. Le entregará usted este pliego en mano propia, y le repetirá usted lo que ha escuchado de la misma boca del agente francés, y aguardará usted sus órdenes. Respecto á la persona que envía á usted, es el doctor D. Manuel Iturrriaga, canónigo de Valladolid. Tal vez no está distante el tiempo en que volvamos á vernos, pero al frente de una guerrilla y dueños de los puntos en que nos vemos obligados á ocultarnos hoy. Como usted, voy á trabajar por el triunfo de nuestra independencia.

Albino montó su yegua, se alejó al galope, y yo me ocupé en los preparativos de mi marcha. El pueblo de Dolores se halla muy cerca de San Miguel el Grande. Mi padre ensilló con sus propias manos una mula, me

entregó un bolsillo bien provisto y una larga espada toledana :

— Recuerda siempre, hijo mío, me dijo, la noble y conocida divisa que llevan las hojas de Toledo :

No la saques sin razón,
Ni la envaines sin honor.

En seguida me abrazó, y tomé el camino de San Miguel el Grande.

Ya sabe usted cómo entré en la carrera de las conspiraciones y de las aventuras militares. ¿Qué más puedo decirle á usted? Mi vida, desde aquella época, ha sido durante muchos años una serie no interrumpida de combates, excursiones y aventuras. El cura Hidalgo, para el que se me encargó el mensaje, fué el jefe de la insurrección de 1810 y desempeñó un gran papel en la historia de México. ¡Cuántas veces, y con qué frecuencia, después de mis primeras campañas, veía yo en mis sueños aquel anciano de frente venerable, con sus ojos vivos y penetrantes, cuya elevada estatura apenas hacían inclinar los sesenta años que contaba de vida! Nunca he olvidado, ni olvidaré jamás el aspecto singular del cuarto en donde me recibió por primera vez el cura de Dolores, la mesa cubierta con

una carpeta de paño ordinario azul, los crisoles, las redomas y alambiques que se ofrecían á la vista, en un extraño desorden, al lado de los libros piadosos y de los rosarios de aquel sacerdote, no menos apasionado por la química que por las aventuras políticas. No tardé en sentir su influencia, y en comprender el genio de aquel hombre intrépido. Sin cesar, era yo portador de sus mensajes, y recibía órdenes de su propia boca. Siete meses después de nuestra primera entrevista, en la noche del 15 al 16 de septiembre, se dió por el cura Hidalgo la señal de la sublevación. El doctor Iturriaga, el mismo que me había comprometido á tomar parte en el partido de los independientes, había caído peligrosamente enfermo en Querétaro, y acababa de revelar en sus últimos momentos el secreto de la conspiración. No había ya que vacilar, era preciso combatir ó morir. Yo asistí á la última junta que celebró Hidalgo con sus amigos; después de una corta deliberación, seguido de sus fieles y de cinco ó seis *serenos*, fué á dar orden al sacristán de Dolores para que tocase arrebato. Apenas se escucharon los primeros toques de la campana, cuando se oyeron por todo el pueblo gritos confusos, y grupos tumultuosos se formaban á nuestro derredor: aquellos grupos iban

á formar el núcleo del ejército independiente de México. Hidalgo se apresuró á manifestar á los supersticiosos habitantes de Dolores que los españoles conspiraban contra la religión: nada más fué necesario para convertir á aquellos inocentes paisanos en otros tantos adversarios de la dominación española. Á la mañana siguiente, cerca de cuatro mil hombres se hallaban reunidos á las órdenes de Hidalgo, y marchaban sobre San Miguel el Grande. La población no hizo resistencia, y hasta los regimientos de la reina pasaron á las filas de los insurgentes: desde aquel momento, parecía que había triunfado la causa de la revolución mexicana. Sin embargo, aquel gran movimiento no éra más que el principio de la guerra. Por algunos días, fué creciendo el torrente; ciudades, provincias enteras se tomaron á los españoles; pero éstos volvieron prontamente de su sorpresa; organizóse la resistencia, y con ella comenzó una guerra seria y terrible, cuyo primer período terminó con la batalla de Calderón, y del cual mis recuerdos, si se los manifiesto á usted algún día, ofrecerán á su vista las acciones y episodios más memorables.

Á esta relación, que me dió á conocer el principio casi ignorado de la gran lucha, cuyo desenlace fué la

libertad de México, siguieron algunos momentos de silencio. Habíamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *mesón*. Dí gracias al capitán Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.



LAS SIETE NORIAS DE BAJAN



Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde sólo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Después de haber empleado más de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que había llegado el momento de proseguir mi excursión hasta las costas meridionales de México. El capitán D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al día siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgábamos juntos por el camino de Tepic.

El primer día de camino fué silencioso. Á la mañana siguiente, después de haber hecho alto en una de esas pobres ventas que son los paradores públicos de la América española, atravesamos el pueblo de Tequila,